

# EL ANGEL CAIDO

*Confortaos en el Señor y en la fuerza de su poder; vestíos de la armadura de Dios para que podáis resistir las insidias del diablo, porque no es nuestra lucha contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos de los aires*<sup>1</sup>. Repetidas veces nos advierte la Sagrada Escritura de la acción del diablo en el mundo. Una acción misteriosa, pero real y eficaz; una acción que vive y se alimenta del odio a Dios, que se encamina a luchar contra la Iglesia —Reino de Dios en la tierra—, y contra el cristiano, hombre marcado con el sello de los hijos de Dios.

Desde los primeros siglos, los cristianos tuvieron conciencia de esa real actividad diabólica en la vida de la sociedad y de las personas. Pero en nuestros días, quizá debido a la disminución de la fe que se advierte en una gran parte del mundo cristiano, se tiende a no considerar —cuando no a rechazar como mítica— esa actuación real y concreta de un poder del mal. *Las gentes de hoy tienen miedo a hablar de estas cosas, tienen miedo a hablar de las intervenciones de ese enemigo de Dios, de Satanás. No se puede ni nombrar. Y yo os digo que —sin cosas raras—, hemos de pensar necesariamente en que el demonio actúa.* Es un olvido general que Satanás sabe aprovechar para hacer más eficaz su acción. Ha abandonado aquella actividad sensible, espectacular, que utilizó en tiempos pasados, y actúa hoy de modo silencioso, sin llamar la atención, procurando ser olvidado. Así su operación es más fructuosa, cumple más fácilmente su deseo de apartar las almas de

---

(1) *Ephes.* VI, 10-12;

Dios para precipitarlas en el abismo de su propia condenación.

#### LOS ÁNGELES: CREACIÓN, PRUEBA, Y CAÍDA DE ALGUNOS

La existencia de seres puramente espirituales, creados por Dios de la nada desde el principio del tiempo, es una verdad de fe<sup>2</sup> recibida en la Iglesia por Revelación, una verdad que la razón nunca hubiera descubierto con sus solas fuerzas. Estas criaturas inateriales son los Angeles, seres personales dotados de entendimiento y voluntad perfectísimos, que —una vez conocidos por la fe— se muestran a la razón humana como convenientes para la perfección del universo<sup>3</sup>. Tan grande es su majestad y tan por encima está su naturaleza sobre la humana —sólo están sujetos a Dios y a Jesucristo, cabeza de la Creación, con Santa María Reina—, que cuando por especial permisión divina se dejaron ver de los hombres, infundieron siempre un gran respeto y temor. *El día veinticuatro del primer mes —está escrito en el libro de Daniel—, hallábame en las orillas del gran río, el Tigris. Alcé los ojos y miré, viendo a un varón vestido de lino y con un cinturón de oro puro. Su cuerpo era como de crisólito, su rostro resplandecía como el relámpago, sus ojos eran como brasas de fuego, sus brazos y pies parecían de bronce bruñido y el sonido de su voz era como rumor de muchedumbre... Quedeme yo solo y vi tan gran visión. No quedaron en mí fuerzas, se demudó el color de mi rostro, quedé desencajado y perdí todo mi vigor. Oí el sonido de sus palabras y, en oyendo el sonido de sus palabras, caí aturdido, rostro en tierra*<sup>4</sup>.

A pesar de tan gran majestad y poder, los Angeles no gozaron de la visión beatífica desde el primer momento de su creación, porque no es cosa que pertenezca a su naturaleza<sup>5</sup>. Dios los elevó gratuitamente al orden sobrenatural, dejándolos, no obstante, en libertad de aceptar o rechazar este don que sobrepasaba las exigencias de la naturaleza angélica. Muchos se adhirieron libre y plenamente a la voluntad divina, y en cuanto *el ángel ejercitó el primer acto de caridad por el que mereció la bienaventuranza, fue inmediatamente bienaventurado*<sup>6</sup>. Mas otros ángeles, inclinándose

---

(2) cfr. Concilio IV de Letrán, *De fide catholica*, cap. 1; Concilio Vaticano I, *Const. dogm. De fide catholica*, cap. 1; (3) cfr. Santo Tomás, *S. Th.* I, q. 50, a. 1 c; (4) *Dan.* X, 4-9; (5) Santo Tomás, *S. Th.* I, q. 62, a. 1 c; (6) *ibid.*, q. 62, a. 5 c;



por el libre albedrío al propio bien, sin subordinación a la regla de la voluntad divina<sup>7</sup>, lanzaron —capitaneados por un querubín de gran perfección—, el grito de *non serviam!*, primer grito de rebeldía contra Dios. Su pecado fue de soberbia, porque *la naturaleza espiritual no se inclina a los bienes propios del cuerpo, sino a los que pueden hallarse en las cosas espirituales, ya que nada se inclina sino a lo que de algún modo puede convenir a su naturaleza. Ahora bien, en los bienes espirituales, cuando alguien se aficiona a ellos, no puede haber pecado a menos que en tal afecto no se observe la regla de la subordinación. Pero no someterse a esa regla en lo debido, es precisamente lo que constituye el pecado de soberbia. Por eso el primer pecado del ángel no pudo ser más que el de soberbia*<sup>8</sup>. Rechazó la perfección sobrenatural que gratuitamente se le ofrecía, porque no quería deber nada al Amor, o bien, deslumbrado por su propia gloria, quiso alcanzar sin la gracia divina la perfección sobrenatural. Y de cualquier modo —advierde Santo Tomás— *estas dos explicaciones vienen a coincidir, porque, en resumen, lo que una y otra dicen es que apeteció obtener la bienaventuranza final por sus propias fuerzas, lo que sólo Dios puede hacer*<sup>9</sup>.

También en el obrar humano el origen del pecado está en el espíritu, y no en la carne; en la soberbia, en el *non serviam!* del que, dolorosamente, se queja la Escritura: *se reúnen los reyes de la tierra y a una se confabulan los príncipes contra Yavé y contra su unguido*<sup>10</sup>. El demonio es el rey de todos los hijos de la soberbia<sup>11</sup>, y por eso un gran remedio para la salud del alma es la humildad, ya que Satanás no fue arrojado del cielo por libertinaje o adulterio o robo, sino que fue la soberbia lo que le precipitó a las partes inferiores del abismo<sup>12</sup>.

Cuanto más elevada se encuentra la naturaleza racional —comenta San Agustín—, tanto peor es su ruina; y su pecado es, cuanto más increíble, tanto más condenable<sup>13</sup>. Por este motivo, el castigo con que Dios afligió a Lucifer y a los ángeles rebeldes fue el mayor que podían recibir: arrojado del cielo<sup>14</sup>, alejado eterna-

(7) Santo Tomás, *S. Th.* I, q. 63, a. 1 ad 4; (8) *ibid.*, q. 63, a. 2 c; (9) *ibid.*, q. 63, a. 3 c; (10) *Ps.* 11, 2; (11) *Job* XLI, 25; (12) San Atanasio, *De virginitate* 5; (13) *Opus impert.* contra *Iul.* 6, 22; (14) cfr. *Luc.* X, 18; *Apoc.* XII, 7-9 y 12;



mente de Dios, Satanás fue condenado a ser tinieblas en lugar de luz, o —para expresarme con más precisión—, se convirtió a sí mismo en tinieblas<sup>15</sup>. Y, junto con los ángeles que secundaron su rebeldía, fue destinado para el juicio del gran día, al abismo tenebroso, con cadenas eternas<sup>16</sup>. ¿Cómo caíste del cielo, lucero brillante, hijo de la aurora? ¿Echado por tierra el dominador de las naciones? Tú, que decías en tu corazón: subiré a los cielos; en lo alto, sobre las estrellas de Dios, elevaré mi trono; me instalaré en el monte santo, en las profundidades del aquilón. Subiré sobre la cumbre de las nubes y seré igual al Altísimo. ¡Al sepulcro has bajado, a las profundidades del abismo!<sup>17</sup>.

La consecuencia de la prueba que sufrieron los Angeles está patente: los ángeles buenos, adheridos siempre a la justicia, están confirmados en ella, mientras que los delincuentes están obstinados en su pecado<sup>18</sup>. No tienen ya posibilidad de arrepentimiento ni de perdón, porque lo que para los hombres es la muerte, esto es para los ángeles la caída<sup>19</sup>: fin de la capacidad de merecer, de la adquisición o aumento de la gracia. Por eso, mientras los unos permanecen inquebrantablemente fieles en el Bien común a todos, que es Dios mismo, y en su eternidad, verdad y amor; los otros, al contrario, orgullosos de su poder, como si fueran para sí mismos el propio Bien, se han apartado del Bien supremo, común y beatificante, y se han vuelto hacia sí mismos; y hechos soberbios, engañosos y envidiosos, han tomado su impertinente soberbia por sublime eternidad, su artificioso engaño por segurísima verdad y sus deseos particulares por amor puro. La bienaventuranza de los unos se funda, pues, en el amor abnegado a Dios; y la causa de la desgracia de los otros es lo contrario, el haberse apartado de Dios. Con razón, pues, se dice de los unos que son bienaventurados, pues están unidos con Dios, y de los otros, que son desventurados, pues están apartados de Dios<sup>20</sup>, alejados de El por toda la eternidad.

#### EXISTENCIA DEL DEMONIO Y REALIDAD DE LAS ACTIVIDADES DIABÓLICAS

*Oyeme, hombre metido en la ciencia hasta las cejas; tu ciencia no me puede negar la verdad de las actividades diabóli-*

(15) San Gregorio Nacianceno, *Orat.* 6, *sect.* 12; (16) *Iudae* 6; (17) *Isai.* XIV, 12-15; cfr. *Ezech.* XXVIII, 12-15; (18) Santo Tomás, *S. Th.* I, q. 64, a. 2 c; (19) San Juan Damasceno, *De fide orthodoxa* 2, 4; (20) San Agustín, *De civ. Dei* 12, 1;



cas. *Mi Madre, la Santa Iglesia, hace que los sacerdotes al pie del altar invoquen cada día a San Miguel, contra nequitiam et insidias diaboli —contra la maldad y las insidias del enemigo*<sup>21</sup>. Hemos de tener presente esta realidad: que existe un reino del mal, jerárquicamente estructurado, cuyo jefe es *Belcebú, príncipe de los demonios*<sup>22</sup>, dotado de un poder que excede con mucho a las fuerzas humanas naturales. Un ser personal y un reino de tinieblas<sup>23</sup> detentadores de una actividad poderosa dirigida a luchar contra el Reino de Dios en la tierra. Pues el demonio, *habiendo perdido completamente su grandiosa situación a causa de su orgullo, se enfurece al ver que el hombre ha sido redimido por la misericordia de Dios, y que se le han atribuido los dones y gracias por él perdidos*<sup>24</sup>. Un ser que es fuente de mal, enemigo irreconciliable del hombre en el que odia —impotentemente, pues nada puede contra el Creador— la imagen de Dios.

Su actividad comenzó a ejercerse desde el primer momento de la humanidad; *porque el diablo, convertido en recipiente de toda maldad, adquirió también la enfermedad de la envidia y envidiaba nuestro honor. No pudo tolerar nuestra vida dichosa en el paraíso*<sup>25</sup>; y el Génesis nos conserva la historia de la primera tentación: *pero la serpiente, la más astuta de cuantas bestias del campo hiciera Yavé Dios, dijo a la mujer: ¿conque os ha mandado Dios que no comáis de los árboles todos del paraíso? Y respondió la mujer a la serpiente: del fruto de los árboles del paraíso comemos, pero del fruto del que está en medio del paraíso nos ha dicho Dios: no comáis de él, ni lo toquéis siquiera, no vayáis a morir. Y dijo la serpiente a la mujer: no, no moriréis; es que sabe Dios que el día que de él comáis se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal*<sup>26</sup>.

Desde entonces, Satanás y sus ángeles luchan contra el hombre justo y tratan de impedir su salvación. Le incita a rebelarse, como a David, contra los planes divinos<sup>27</sup>; le aflige con tentaciones y enfermedades<sup>28</sup>; le cubre de la muchedumbre de sus propios pecados acusándole ante Dios<sup>29</sup>. Su envidia y su maldad cre-

---

(21) *Camino*, n. 750; (22) *Matth.* XII, 24; (23) cfr. *Matth.* VIII, 12; XXII, 13; *Luc.* XXII, 53; (24) San León Magno, *Sermo* 48, *sect.* 2ª; (25) San Basilio, *Sermo* 15, *sect.* 8ª; (26) *Genes.* III, 1-5; (27) cfr. *1 Par.* XXI, 1; (28) cfr. *Iob* I, 6-sigs.; (29) cfr. *Zach.* III, 1;



cen conforme se acerca la instauración del Reino de Dios sobre la tierra. Y cuando Cristo se encarnó *para destruir por su muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a aquellos que por el temor de la muerte estaban toda la vida sujetos a servidumbre*<sup>30</sup>, Satán concentró sus ataques sobre Jesús tratando vanamente de destruir ese dominio divino que sentía inminente<sup>31</sup>. En primer lugar, le cercó con la triple tentación en el comienzo de su vida pública<sup>32</sup>; luego, viendo que nada podía directamente contra El, inspiró a las autoridades judías el odio a Cristo y el deseo de matarle: *vosotros sois hijos del diablo —les dice Jesús—, y así queréis satisfacer los deseos de vuestro padre; porque él fue homicida desde el principio*<sup>33</sup>. Y comenta Santo Tomás: *si hubiera sabido con seguridad y certeza que era el Hijo de Dios y cuáles habían de ser los efectos de su Pasión, nunca hubiese procurado la crucifixión del Señor de la gloria*<sup>34</sup>. Mas ignorando el decreto divino de redención, lo cumplió, clavando a Cristo en la Cruz *para que de donde salió la muerte, de allí renaciese la vida, y el que en un árbol venció, en un árbol fuese vencido*<sup>35</sup>.

Resucitado Jesucristo, Satanás dirige sus asechanzas contra su Cuerpo Místico, la Iglesia. Ya lo había predicho el Señor: *Simón, Simón, mira que Satanás va tras de vosotros para zarandearos como el trigo*<sup>36</sup>. Una guerra sin cuartel en la que ataca a la Iglesia desde dentro y desde fuera. Desde dentro, sembrando el error en las mentes, suscitando herejías: *saldré y me haré espíritu de mentira en la boca de todos sus profetas*<sup>37</sup>; e incitando al pecado a los cristianos. Y ataca desde fuera, obstaculiza el cumplimiento de la misión salvadora de la Iglesia mediante la sugestión de doctrinas lúcidas, perfectamente coherentes en su formulación, atrayentes para la inteligencia humana a la que deslumbran y le impiden ver la radical falsedad que anima su punto de partida: *no hay verdad en él. Cuando dice mentira, habla como quien es, por ser de suyo mentiroso y padre de la mentira*<sup>38</sup>; promueve violentas persecuciones o, lo que es más frecuente, persecuciones so-

---

(30) *Hebr.* II, 14 y 15; (31) cfr. *Luc.* XI, 20; (32) cfr. *Matth.* IV, 1-11; (33) *Ioann.* VIII, 44; (34) *S. Th.* I, q. 64, a. 1 ad 4; (35) *Praef. pass.*; (36) *Luc.* XXII, 31; (37) *II Par.* XVIII, 21; (38) *Ioann.* VIII, 44;



lapadas que obran en las tinieblas su labor de destrucción y de muerte.

*¡El mal ha prosperado! Desde siempre, desde la cuna de la Iglesia, ya cuando aún vivían los Apóstoles: persecuciones, herejías... Aquellas persecuciones de los paganos, y aquellas herejías, ya en los primeros tiempos de la Cristiandad... Y el mahometanismo... y el protestantismo... y el comunismo ahora. Dentro de todo ese campo que Dios se ha hecho en la tierra, que es heredad de Cristo, hay cizaña: no sólo cizaña, ¡abundancia de cizaña! Para realizar su siembra de mentira y de mal, Satanás se vale de todos los medios que su poderosa naturaleza angélica le permite. El diablo no sabe lo que piensa el hombre dentro de su alma<sup>39</sup>, pero, como dice San Agustín, a veces descubre con toda facilidad las disposiciones de los hombres, y no sólo las que manifiestan de palabra, sino también las concebidas en el pensamiento, si en el cuerpo se reflejan cualesquiera signos procedentes del alma<sup>40</sup>.*

Sin embargo, ni las cosas externas, ni la sugestión, ni los recuerdos e imaginaciones que el diablo evoca, pueden mover eficazmente al hombre, siendo cierto que *la única causa completa del pecado es la voluntad*<sup>41</sup>. Mas no debemos olvidar que, en su actuación, Satán *se transforma en ángel de luz*<sup>42</sup>, adopta desde siempre *la misma actitud: se pone la máscara de la compasión y finge interesarse en nuestra suerte, insinuándonos funestos consejos más dañinos que el veneno*<sup>43</sup>. Por eso el Padre nos ha advertido: *para que me entendieras, te escribí: el diablo tiene la cara muy fea, y, como sabe tanto, no se expone a que le veamos los cuernos. No va de frente. —Por eso, ¡cuántas veces viene con disfraz de nobleza y hasta de espiritualidad!*<sup>44</sup>. Hay que saber discernir lo que es de Dios de lo que es de Satán, porque *¿qué consorcio hay entre la justicia y la iniquidad? ¿qué comunidad entre la luz y las tinieblas? ¿qué concordia entre Cristo y Belial?*<sup>45</sup>. Junto al don de la discreción de espíritus, que el Espíritu Santo infunde con la gracia en el alma, también por sus frutos se puede reconocer la actuación diabólica: el pecado, pues *por aquí se distin-*

---

(39) San Jerónimo, *Breviar. in Ps. 16*, 20; (40) *De divin. daem.* 5; (41) Santo Tomás, *S. Th.* I-II, q. 75, a. 3 c; (42) *II Cor.* XI, 14; (43) San Juan Crisóstomo, *In Matth. hom.* 13; (44) *Camino*, n. 384; (45) *II Cor.* VI, 14 y 15;



*guen los hijos de Dios de los hijos del diablo*<sup>46</sup>: en que todo aquel que es hijo de Dios no peca, sino que el nacimiento que tiene de Dios le conserva, y el maligno no le toca<sup>47</sup>. Tan presente tenía la primitiva Iglesia esta distinción, que ya en el siglo II se escribía: *cuando te sobrevenga un arrebató de ira o un sentimiento de amargura, entiende que él está contigo. Y lo mismo hay que decir de un deseo de derramarte en muchas acciones, de la preciosidad y abundancia de comidas y bebidas... y del mucho boato de soberbia y altanería y, en fin, de todo cuanto a estas cosas se acerca y asemeja. Siempre, pues, que cualquiera de estas cosas subiere a tu corazón, entiende que el ángel de la maldad está contigo*<sup>48</sup>.

#### ARMAS PARA VENCER EN ESTA BATALLA

El cristiano ha de tener presente la real actuación diabólica en la sociedad y en los hombres. No debe extrañarse al ver, en tantas ocasiones, triunfar el mal y quedar lesionada la justicia. *¡Hijos míos! ¿Veis? Los cristianos, especialmente los dedicados totalmente al servicio del Señor, no podemos olvidarnos de que regnum meum non est de hoc mundo*<sup>49</sup>, y de que, por eso, es posible que tantas veces triunfe aquí el enemigo de Dios. Pero eso no nos va a retraer de trabajar. Porque Cristo también aquí está triunfando, en medio de los hombres. Cuanto más mal encontremos, más sentido de responsabilidad; cuantos más inconvenientes se vislumbran, más obligaciones se ven. Estamos trabajando con esa esperanza y con esa responsabilidad. Y por amor, todo por amor. El crecimiento de las fuerzas del mal es signo precursor de la instauración definitiva y eterna del Reino de Dios<sup>50</sup>. Pero mientras llega ese momento, hemos de permanecer en vela y no dormir, porque —dice Jesucristo en el Evangelio—, *al tiempo de dormir los hombres vino cierto enemigo suyo, y sembró cizaña en medio del trigo, y se fue*<sup>51</sup>. *¡Es curioso esto! No hemos de perder ni una sola palabra de las que nos dice el Señor. Porque, en nuestra vida personal, ¿no es acaso un sueño, un mal sueño, el que hace perder la buena semilla en la cabeza y en el corazón? Luego hemos de estar vigilantes y oír el grito de la Escritura: cu-*

(46) I Ioann. III, 10; (47) *ibid.* V, 18; cfr. Ephes. II, 1-3; Concilio de Trento, sess. VI, *decr. De iustificatione*, cap. 1; (48) *Pastor de Hermas, Mand. 6, 2, 5*; (49) Ioann. XVIII, 36; (50) cfr. II Thess. II, 3-12; Apoc. XX, 1-10; (51) Matth. XIII, 25;



stos, quid de nocte? Custos, quid de nocte? <sup>52</sup>. *Debemos estar vigilantes, debemos oír aquel clamor. Hay que estar de centinela, hijos míos, hay que estar alerta. ¡No dormir! Porque si no, en medio de lo bueno, vendrá lo malo.* Y San Pedro nos amonesta también: *sed sobrios y estad en vela: porque vuestro enemigo el diablo anda rondando como león rugiente alrededor de vosotros, en busca de presa que devorar: Resistidle firmes en la fe, sabiendo que la misma tribulación padecen vuestros hermanos, cuantos hay en el mundo* <sup>53</sup>. La fe hará que nos mantengamos seguros en medio de cualquier tentación, firmemente apoyados en la solidez inexpugnable de la Iglesia <sup>54</sup>, que lucha eficazmente contra el poder del diablo.

Nuestra confianza en la victoria contra las fuerzas del mal está justificada, porque tenemos un auxiliador omnipotente, Jesucristo, quien *por razón de haber él mismo padecido y sido tentado, puede también dar la mano a los que son tentados* <sup>55</sup>. Dios nunca permite que seamos probados más allá de nuestras fuerzas <sup>56</sup>, de modo que *el diablo no puede dominar a los siervos de Dios que de todo corazón confían en El. Puede, sí, combatirlos, pero no derrotarlos* <sup>57</sup>.

Además, la protección del Arcángel San Miguel —*quis sicut Deus* <sup>58</sup>— no nos faltará nunca. *¡Me da tanta devoción* —nos dice el Padre— *rezar: Sancte Michaël Archangele, defende nos in proelio: contra nequitiam et insidias diaboli...! Para que nos libre de la influencia diabólica en tantas cosas personales y ajenas; cosas que aprovecha el demonio de nuestros propios humores, sensualidad, soberbia. Pero todas esas cosas se vencen siendo sinceros y sabiendo meternos en Dios, recogernos. Con sólo estar en la barca, las aguas fuertes, violentas, no llegan: que es Cristo el patrón de nuestra barca.*

Para librarnos del influjo diabólico, ha dispuesto Dios también un Angel que nos proteja. *Acude a tu Custodio a la hora de la prueba*, nos aconseja nuestro Padre, y *te amparará contra el demonio y te traerá santas inspiraciones* <sup>59</sup>. Y el uso del agua ben-

---

(52) *Isai.* XXI, 11; (53) *I Petr.* V, 8 y 9; (54) *cfr. Matth.* XVI, 18; (55) *Hebr.* II, 18; (56) *cfr. I Cor.* X, 13; (57) *Pastor de Hermas, Epil. ad Mand.* 2; (58) *cfr. Dan.* XII, 1; (59) *Camino*, n. 567; *cfr. Exod.* XXIII, 20; *Tob.* VIII;



dita es también eficaz protección contra las asechanzas del maligno. *Me dices por qué te recomiendo siempre, con tanto empeño, el uso diario del agua bendita. —Muchas razones te podría dar. Te bastará, de seguro, ésta de la Santa de Avila: De ninguna cosa huyen más los demonios, para no tornar, que del agua bendita*<sup>60</sup>.

Toda esta doctrina cierta sobre la existencia, el poder y la acción del demonio no es para un cristiano ocasión de temores enfermizos, pero sí de prudencia. Nos repite nuestro Padre: *no tengo miedo a nada ni a nadie: ni a Dios, que es mi Padre. A veces agrega: mejor dicho, si tengo miedo a alguien, al demonio, del que procuro huir siempre, refugiándome en los brazos de mi Padre-Dios.* Prudencia que será antídoto contra optimismos falsos, neciamente *bondadosos*, y estímulo eficaz para una firme vigilancia en la fe; y para una vibrante, insomne acción apostólica, que anule la labor del diablo en los hombres y en la sociedad, mientras llega el día grande en que se instaurará definitivamente el Reino de Dios<sup>61</sup>. *Con toda esta fe, podemos aguardar tranquilos. Después de esta vida, la victoria final será del Señor, aun en la tierra.*

---

(60) *Camino*, n. 572; (61) cfr. *Apoc.* XX, 10 y sigs.